

fieles al rey, y los «Cabezas redondas», gentes sin peluca, que no cuidaban de ir bien vestidos, pero que eran tanto más rudos para la pelea. La guerra duró siete años, de tal modo se hallaban las fuerzas cerca de equilibrarse entre los dos partidos; pero terminó por la captura, la decapitación del rey y la proclamación de la República (1649).

Ese importante acontecimiento estaba en la lógica de las cosas. La burguesía, ya muy fuerte, disponía de recursos imprevistos de la industria y del comercio y contaba entre los suyos filósofos, escritores y artistas, y tenía evidentemente que darse una forma política correspondiente á la novedad de la situación. Además, el movimiento religioso venía poderosamente en su ayuda por la energía feroz de los creyentes que se sumergían en la lectura de la Biblia, en el recitado de los cánticos, en el éxtasis de la oración y confiaban ciegamente en las promesas de victoria y de salvación, tal como las interpretaban en la violencia de su fe. La «cosa común» — el Commonwealth — estaba copiado del estado político de las doce tribus de Israel en la época de los jueces y de los profetas, antes de la elección del rey Saúl, y dedicaba á los enemigos de Dios «toda la desapiadada crueldad que había ordenado Yahveh á sus servidores, Josué y Gedeón». Los «Caballeros» ó católicos irlandeses eran también Amorrheos malditos. Los soldados de Cromwell rechazaban delante de sí los campesinos célticos: «¡Al Connaught!» gritaban, y frecuentemente ese grito era reemplazado por la expresión más enérgica: «¡To Hell!» ¡Al infierno!

¿Pero la república fundada por aquellos rudos exterminadores neo-judíos era verdadera república? Las palabras cambian de valor según las edades, y, por mal gobernada que sea, la «cosa pública» es siempre la que ha de interesar á todos los hombres que contribuyen á su sostenimiento. Desde este punto de vista, cada nación constituye realmente una república para un número mayor ó menor de los que pueblan el conjunto del territorio. En cuanto á la república ideal, aquella en que todos los miembros obran como ciudadanos solidarios, como parte integrante de un mismo cuerpo político, no fué el objetivo del Commonwealth de Inglaterra: se estableció francamente en Estado centralizado, disponiendo de una fuerza más que real para la supresión de toda resistencia. El período más libre del pueblo inglés fué

el de la guerra que precedió á la supresión temporal de la monarquía, porque cada uno podía tomar parte en un campo ó en otro para defender la causa más en consonancia con sus opiniones. Pero la victoria de los Cabezas redondas era de aquellas que hacen ceder á toda oposición, y el que los mandaba resultó un verdadero emperador, aunque se contentase con un título más modesto. Delante de



Cl. Valentine.

UNA CALLE DE LONDRES — WHITEHALL

El cadalso donde fué ejecutado Carlos I hacía frente al primer edificio de la izquierda, al nivel de la ventana central del piso bajo.

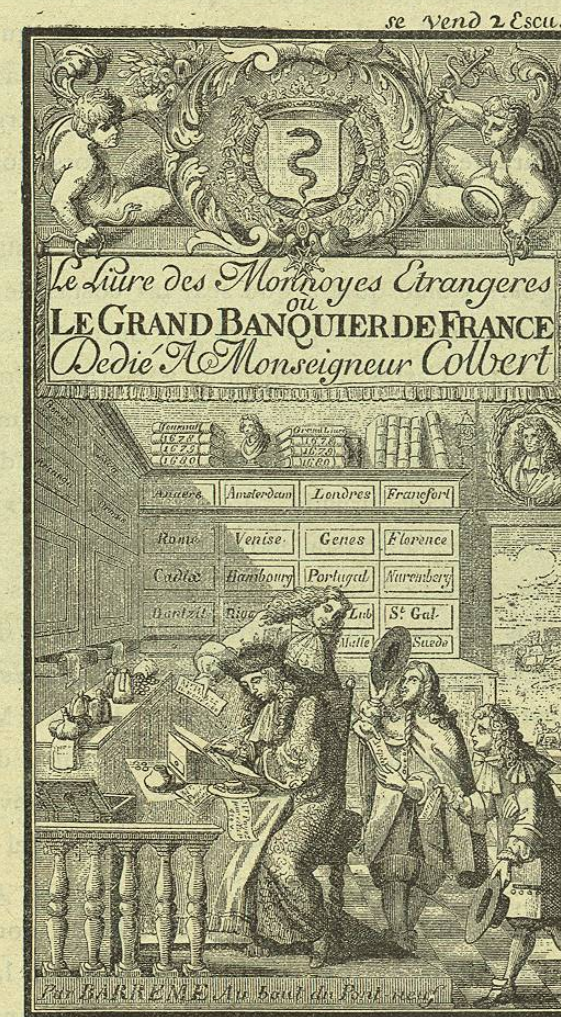
él, el Parlamento no osó formular acta de observación ó reproche, y cuando esta asamblea llegó á desagradar, bastó un grupo de soldados para dispersarla. De tal modo había llegado Cromwell á ser el soberano efectivo, que hacía el fin de su reinado, en 1658, trató de reconstituir una Cámara de los Lores, para apoyarse sobre una asamblea aristocrática contra los representantes de la burguesía y del pueblo naciente. Murió demasiado pronto para acabar personalmente su obra de reacción en el interior: la monarquía dinásticamente restaurada, reconstituyó el mecanismo tradicional.

Inglaterra ocupaba en el exterior una situación á la que hubiera podido aplicarse la calificación de «espléndido aislamiento», imaginada dos siglos después. Tantas inteligencias firmes, tantas poderosas voluntades habían contribuido á la obra en los grandes acontecimientos, que la nación en su conjunto había llegado á estar absolutamente segura de su fuerza y podía darse el lujo de vivir sin aliados. Naturalmente tenía por enemiga la nación francesa, á la que el respeto del «derecho divino» había arrastrado á solidarizarse con la dinastía de los Estuardos, pero los marinos del «gran rey» no habían sido los más fuertes, y Mazarino sufrió la humillación de reconocer la república inglesa, y la, quizá más cruel todavía, de no poder hacer que se persiguiera á los Valdenses de los Alpes, ya protegidos por el brazo de Inglaterra. Portugal y España habían sido también reducidas á pedir la paz, y España hasta fué obligada á ceder la Jamaica, una de las grandes perlas antillanas, que los mercaderes ingleses se apresuraron á convertir en seguida en el principal mercado de negros para la recluta de los esclavos en las plantaciones de América. Por último, Inglaterra alcanzó tal grado de potencia marítima, que hasta pudo enemistarse con las Provincias Unidas por el acta de «navegación» publicada en 1651, que reservaba todo el comercio de las islas Británicas sólo á los barcos ingleses. Después de tres años de conflicto en el mar, los Holandeses se vieron obligados á aceptar las duras condiciones del vencedor; la Gran Bretaña quedaba como la única potencia que pudiera llamarse la «Reina del mar».

Y sin embargo, por un contraste muy natural, mientras que los barcos de la Europa occidental, y sobre todo los de los Estados del Norte, ingleses y holandeses, practicaban cada vez más el camino del Océano, el Mediterráneo, que había sido antes el «mar» por excelencia, se despoblaba casi enteramente. Las embarcaciones españolas é italianas no osaban ya aventurarse en las aguas orientales, donde dominaban los Turcos, y éstos temían penetrar en los parajes occidentales. Únicamente los piratas del Mediterráneo, aprovechándose del terror supersticioso que sus bárbaras costumbres habían extendido, vagaban á lo largo de las costas, prontos á apoderarse de los pescadores que retrasaban la vuelta al puerto, de los pastores y de los rebaños de la orilla cuya retirada habían podido cortar.

Los habitantes de las costas, aun los de las ciudades, poseídos de espanto, habían abandonado sus habitaciones costeras para establecerse sobre los promontorios de acecho, en el recinto de altas murallas, donde se encerraban á la menor alarma. La navegación comercial, intimidada, disminuía cada vez más, y, como siempre, traicionada por los gobiernos «protectores», fué hasta prohibida oficialmente: durante una parte del siglo XVII quedó suprimido por orden superior todo comercio de Francia con Mauritania. Es cierto que el movimiento de retroceso en civilización que desde la caída de Bizancio todo el mundo oriental había sufrido, tenía tendencia á reproducirse también sobre el litoral mediterráneo del Oeste; en ciertos órdenes de ideas, las poblaciones ribereñas habían retrogradado hasta la época pre-fenicia.

Es admirable que la audacia y el éxito de los corsarios mahometanos se aumentaran precisamente en los tiempos en que las naciones cristianas habían conquistado ya la inmensidad de la redondez terrestre por sus viajes de circunnavegación. Este fenómeno histórico sólo puede explicarse por el desplazamiento relativo de la actividad humana: dirigiéndose hacia el Oeste, la vida de las naciones había



UNA BANCA EN EL AÑO 1680

abandonado su antiguo hogar; ya no gravitaba alrededor de Roma, sino alrededor de Londres y de Amsterdam para el comercio mundial, de París para el trabajo del pensamiento y de las artes.

Un indicio notable del retroceso en la civilización del Mediterráneo occidental se ve en el hecho de que la piratería pudo mantenerse en él durante tres siglos, desde la llegada de los hermanos Barbarroja en 1516 hasta la toma de Argel en 1830. Quizá esa admirable duración de un Estado de corsarios, cuyos recursos militares eran muy limitados, debe explicarse por alianzas secretas, ya que las potencias de Europa se inclinaban á suscitarse mutuamente enemigos. Como quiera que sea, las costas de la Mauritania se elevaron durante mucho tiempo para los Europeos como un muro de bronce. En 1541, Carlos V, teniendo á Hernán Cortés en su estado mayor, arriesgó inútilmente su fortuna ante los muros de Argel: su flota de 870 barcos fué dispersada, y con gran dificultad pudo volver con el resto de su armada. Los «Berberiscos», en su período de prosperidad, tenían hasta 200 barcos de corso, que les servían principalmente para reclutar sus talleres de esclavos y sus harenes; una parte de los cautivos era rescatada, y la suma de los rescates enriquecía el tesoro del dey, en tanto que las gentes capturadas en todo país constituían esa población híbrida de los «Moros», que remonta por su genealogía á todas las razas de Europa, de África y de Asia. Los corsarios de Argel, participando en el movimiento general que impulsaba á los marinos en la dirección del Oeste, osaron franquear también el estrecho de Gibraltar y hacer rápidas incursiones sobre las costas oceánicas: se les vió en Irlanda, donde destruyeron la ciudad de Baltimore; en 1627 aparecieron hasta en la «Tierra de los Hielos», y la isla principal del archipiélago Westmann fué por ellos completamente despojada de su población y de cuantos objetos de valor existían en sus cabañas¹. En vano la Gran Bretaña, en la fuerza de su poder, cañoneó los fuertes de Argel; otros ataques de los Holandeses y de los Ingleses unidos en 1669 y 1670 fueron también inútiles. Los Franceses, por tener intereses más inmediatos que defender, puesto que las costas del Languedoc y de Provenza hacen frente á las de

¹ Olafson et Palsson, *Voyages*.

Mauritania, dirigieron sus ataques con más continuidad y, finalmente, en 1687, Argel, en gran parte incendiada, se vió reducida á pedir una paz, que fué mal observada, pero que creó para Francia una especie de derecho político de que se aprovechó un siglo y medio



ARGEL — VISTA DEL NORDESTE

Cl. Kuhn, edit.

La escollera que une el islote de la Marina al litoral y protege el puerto contra el viento del Norte, fué construída, desde 1530, por Kheir-el-Din, uno de los hermanos Barbarroja (Bab' Aroudj). El islote tiene un faro y trabajos de defensa.

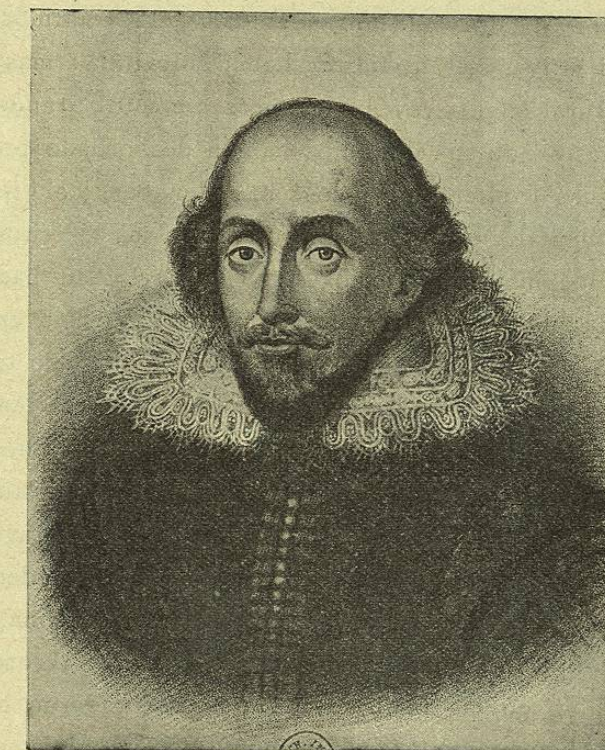
después para implantar su poder derrocando el de los soberanos mahometanos.

La paz relativa de que gozó Francia durante los últimos años del siglo XVI y la primera mitad del XVII, había renovado su haber en hombres y en recursos; había vuelto á ser bastante rica para practicar nuevamente sus hábitos de prodigalidad. Cuando murió el hijo de Enrique IV, Luis XIII, algunos meses después que Richelieu, el hombre de poderosa y tenaz voluntad que le había conducido siempre con andadores, Francia había conquistado la hegemonía entre las potencias de la Europa continental. El sucesor de Richelieu, también sacerdote, el cardenal Mazarino, continuó la política del amo

á quien había servido, sin dar á sus actos la misma audacia ni la misma voluntad, pero con más cautela y astucia y además con el mismo buen éxito; tuvo, sin embargo, que luchar con grandes dificultades y más de una vez se le pudo creer vencido, puesto que se vió obligado á desterrarse por algún tiempo, primeramente á Bruhl, cerca de Colonia, después á Bouillon. En este momento de la historia (1648), todos los descontentos, y eran numerosos, creían que la minoridad del rey Luis XIV, á la sazón de siete años de edad, bajo la tutela de una mujer y de un sacerdote, ambos extranjeros, suministraba una ocasión única para producir un cambio favorable á sus intereses. Los personajes de la alta aristocracia, á quienes Richelieu había rebajado el orgullo y disminuído los grandes privilegios, querían reconquistar las prerrogativas tradicionales de grandes feudatarios independientes; las gentes de toga, con los magistrados del Parlamento á la cabeza, trataban de alcanzar otra vez su parte de acción en el Estado que el amo había gradualmente centralizado en su provecho: todos los que querían por diversos títulos ocupar una función honorífica ó remunerada, se pronunciaban contra la intrusión cada vez más activa de extranjeros de toda especie, Italianos sobre todo, que el favor de Mazarino colmaba de beneficios y de plazas: ya el grito de «Francia para los Franceses» unía á los ambiciosos del poder en un gran partido. Por último, el pueblo, divertido por el ruido, arrastrado por la vaga esperanza de una mejora cualquiera, se mezclaba cándidamente en esa agitación de que no había de aprovecharse, y contribuía á darle ese carácter de «fronda» que presenta en la historia. En efecto, carecía de seriedad, no respondía á un deseo profundo, necesitado por un cambio de equilibrio en la vida nacional, y si hubiera habido modificación habría sido necesariamente en un sentido regresivo, por una especie de vuelta hacia el feudalismo. El movimiento abortó, pues, perdiendo todo carácter de agitación general con un fin determinado, para convertirse en simple querrela entre dos individuos: un general afortunado de una parte, Luis de Condé, cuyo gran nombre y sus éxitos contra los Españoles no compensaban, á los ojos de sus mismos amigos, su grotesco orgullo y su grosera insolencia, y de otra parte un sacerdote astuto, conocedor de todos los recursos de la mentira y de la adulación y que

tenía para sí la fuerza de la tradición y el apoyo de la casa real, de que él mismo formaba parte, puesto que la reina regente, Ana de Austria, le había tomado religiosamente por marido, según dicen las memorias de aquel tiempo. En 1652 el cardenal era absolutamente dueño de la situación, y pronto entró en París precedido por una amnistía que no había de ser observada. Luis de Condé fué reducido á traicionar á Francia para hacerse nombrar en Flandes generalísimo de aquellos Españoles que antes había vencido.

Sin embargo, la Fronda no desarrolló sus pequeños acontecimientos sin ser de alguna utilidad para Francia. Lo que se llama el «principio de autoridad» fué muy debilitado du-



Gabinete de las Estampas.

WILLIAM SHAKESPEARE

rante aquel período, y las iniciativas individuales se habían aprovechado mucho de él. Hubo mucha diversión bajo el régimen variable y caótico de los «fronderos» y de los realistas que se disputaban el poder; pero los pensadores, los moralistas y los pintores de caracteres pudieron estudiar más libremente, las inteligencias se desarrollaron con más fuerza y alegría. Ninguna época de la historia de Francia fué más rica que el período de la Fronda para la formación de hombres de genio ó de un talento superior: si Corneille estaba entonces en su plena vitalidad, puesto que ya era el autor del *Cid*, La Fontaine y Molière eran muy jóvenes; Perrault, Boileau y Racine se hallaban todavía en plena infancia, y La Bruyère nacía en los mismos años